



**Principio y fin.** Arriba, la tumba en la que reposan los restos de Vicente Cañas junto a la barraca en la que vivía cuando le mataron. Nada hacía presagiar ese final cuando, con 21 años, decidió hacerse jesuita.



# Una misión para jueces

**Brasil reabre 30 años después el caso del misionero jesuita Vicente Cañas, asesinado con saña en un rincón escondido de la Amazonia**



IRMA CUESTA

**A** Vicente lo encontraron muerto cuarenta días después de haber sido asesinado. Cuando lo localizaron, su cuerpo yacía momificado junto a la barraca que él mismo había construido a orillas del río Jurueña, en plena Amazonia. Los forenses informaron de que el cráneo estaba roto por un golpe, de que su abdomen había sido perforado con un arma blanca y de que lo habían castrado, probablemente, para desangrarlo. Por alguna razón que nadie comprende, los buitres, pumas y jaguares que deambulan por ese increíble lugar del mundo decidieron respetar su cuerpo.

Treinta años después de aquella infamia, la justicia brasileña parece dispuesta a esclarecer lo ocurrido aquel mes de abril de 1987 en que el jesuita español perdió la vida por defender la de los Enawene; una población indígena que vive en la selva del estado brasileño de Mato Grosso. Todo está listo para el inicio, el próximo 29 de noviembre, de un nuevo juicio que sentará en el banquillo a Ronaldo Antônio Osmar, por aquel entonces delegado de la Policía Civil y el único de los sospechosos que aún sigue vivo.

En realidad, será el segundo intento de esclarecer los hechos, porque en el primer juicio, que tuvo lugar 19 años después del crimen, Osmar fue absuelto por el Tribunal del Jurado Federal de Cuiabá por seis votos a favor y uno en contra a pesar de que la fiscalía denunció la ocultación de «pruebas importantes». Era lo menos que podían hacer cuando buena parte de ellas, incluido el cráneo del misionero que alguien se llevó del Instituto Médico Legal de Belo Horizonte en donde estaba siendo analizado, desaparecieron de la noche a la mañana.

A pesar de las tres décadas transcurridas, en Cuiabá todos tienen claro que la orden de quitar de en medio al hermano-indio partió de Pedro Chiquetti, propietario de la Hacienda Londrina cuyas tierras colindaban con las de los Enawene. Empeñado en expandir sus plantaciones de soja y ganar terreno para su ganado, al terrateniente no le hizo ninguna gracia que el misionero español se convirtiera en el ángel de la guarda de los indígenas. Aquel pueblo aislado, que fue contactado por primera vez en 1974, recuperaba la esperanza de preservar su tierra de la mano de un cura que, para entonces, ya se había convertido en uno de ellos.

En su momento, los investigadores concluyeron que tres personas habían materializado el crimen, pero, casualmente, alguien se encargó poco después de cerrar la boca a aquellos tres hombres. Aparte de Ronaldo Antônio Osmar, a día de hoy no quedan más sospechosos con edad legal para ser juzgados, de modo que sobre él se centrarán todas las miradas; especialmente la de la familia del misionero, que en unos días viajará por primera vez a Brasil para estar presente en el juicio y rendirle homenaje ante su tumba.

**María Cañas Hermana de Vicente**

«Él quería morir allí, pero debió ser de otra manera. Ha sido muy duro»

**Mauricio López Repam**

«El juicio es fruto de la perseverancia, y también la forma de recordar su trabajo»

María, su hermana pequeña, dice estar contenta con la reapertura del proceso. Aunque sabe que eso no va a traerlo de vuelta a casa, cree que será bueno que se conozca lo ocurrido porque eso hará que se valore el trabajo por el que dio la vida. «Todo este tiempo ha sido duro y muy largo. Desde que pasó, la tristeza no me ha dejado», afirma lamentando que, cuando lo mataron, ninguno de los nueve hermanos del misionero pudieron ir al entierro, aunque ahora esté encantada con la idea de que su hija y varios de sus sobrinos viajen hasta allí en solo unos días.

**Vocación de torero**

Para cuando le quitaron la vida, Vicente Cañas, que había venido al mundo en Albacete seis meses después de acabar la Guerra Civil, tenía 48. Quienes le conocieron aseguran que siendo chaval, mientras trabajaba como camarero, sonaba con ser torero; que incluso había decidido su nombre: Vicente Cañas, 'Cañitas'. «Recuerdo perfectamente cuando tenía 13 o 14 años y salía del bar, se acercaba a casa y me llamaba para que le tirara el capote por la ventana para irse de capea. Eso,

hasta que se enteró nuestra madre. Ella no quería que fuera torero», cuenta María, orgullosa de haber sido hermana de alguien que «siempre fue especial». «Desde pequeño era un chico distinto; muy trabajador, muy simpático y muy preocupado por los demás. Siendo un chaval le robaron la bicicleta mientras estaba en misa. Cuando llegó a casa y mi padre le reprendió, él le contestó: 'quien se la ha llevado la necesitaba más que yo'».

La realidad es que algo debió hacerle cambiar de planes, porque en octubre de 1961, con solo 21 años, olvidó lo de ser una estrella del toro e ingresó en el noviciado jesuita de San Pedro Claver de Lleida para convertirse en otro tipo de maestro.

Trece años después, el destino le cruzaría con quienes se convertirían en el centro de su existencia. «Nos queda el consuelo de saber que era feliz. La última vez que vino le rogamos que se quedara, pero dijo que no volvería, que moriría allí con los indios. Y fue así, pero no debía haber sido de aquella manera», lamenta María atenuando su dolor con la idea de que su hermano consiguió lo que quería. «Le mataron, pero ahora los indios son intocables. Donde quiera que esté, estará contento».



**Lejos de la civilización.** Los Enawene, en una jornada junto al río.

## La amenaza permanente

Los Enawene Nawes (que ese es su nombre completo) llevan siglos instalados en una zona de sabana y pluviselva tropical en el estado de Mato Grosso, al oeste de Brasil. Viven en grandes casas comunales y se alimentan de sus cultivos y de la pesca, porque nunca comen carne. Y, a pesar del esfuerzo de Vicente Cañas, que logró que la mayor parte de

su tierra fuera oficialmente reconocida en 1996, una zona crucial denominada 'Río Preto', en la que los indígenas se reúnen cada año para pescar y ahumar sus peces, se quedó fuera. Por si fuera poco, el Gobierno de Mato Grosso ha anunciado que va a construir un enorme complejo de presas hidroeléctricas (de hecho, cinco de ellas ya están en obras) en la zona alta del río. Los Enawene, una vez más, se verán obligados a luchar por su supervivencia.

### SU LEGADO

## 1.000

Aunque cuando contactaron con ellos por primera vez en 1974 no pasaban de cincuenta, hoy los Enawene rozan el millar.

### 29 de noviembre de 2017

Esa es la fecha del nuevo juicio sobre la muerte de Vicente Cañas.

Mauricio López, secretario ejecutivo de la Red Eclesial Panamazónica (Repam), comparte con María la admiración por alguien como Vicente Cañas que, viniendo de un contexto social completamente distinto al de los pueblos de la Amazonia, se identificó plenamente con ellos. «Es muy interesante cómo se fusiona su identidad como hermano religioso y la fascinación al descubrir la presencia de Dios entre estas culturas».

El portavoz de la Repam, que acaba de rodar un documental sobre el jesuita español, recuerda que el Concilio Vaticano aseguraba que

en las culturas indígenas había semillas del Evangelio de Cristo y cómo Vicente afirmaba que, si uno se adentraba, más que semillas encontraría bosques completos.

«¿Respecto al nuevo juicio? Creemos que es fruto de la perseverancia, del amor a la justicia y a la figura de Vicente; un hombre que se arrancó los dientes para hacer moldes con los que poder sanar sus bocas. También entendemos que es un tema simbólico, la forma de saldar una deuda histórica y de recordar su trabajo y el de otros muchos misioneros».

El hecho es que, mientras se recupera su nombre y se encuentra a los culpables, una pequeña piedra con el nombre de Kíwxi, la forma en la que los Enawene le llamaban, preside el lugar en que enterraron su cuerpo. Sus amigos y compañeros le sepultaron con sus collares y su machete, envuelto en una red, a dos metros del lugar en el que fue asesinado, seguros de que allí descansaría en paz.

Cuando lo mataron, los indígenas esperaban que volviera de la cabaña a la que se retiraba para leer y escribir poemas, pero Vicente nunca volvió. Su reloj se paró a las 9.30 de la mañana de aquel 8 de abril.